

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Los inmigrantes no vienen a cantarnos las músicas de su raza, ni a ofrecernos sus cocinas exóticas. Vienen a integrarse en esta gama de culturas que es España, con su fuerza centrífuga y centrípeta, donde hace 25 años eran los españoles los obligados a emigrar. Los hijos de los emigrantes y los de todas las migraciones entre regiones han nacido aquí y aquí deben formarse sin renunciar a sus peculiaridades, que enriquecerán las nuestras. España y sus comunidades no son un hecho cerrado y los movimientos migratorios deben preverse y respetarse.

La inmigración ha de ubicarse en un amplio contexto mundial de movimientos migratorios internacionales, que han doblado la intensidad en los últimos treinta y cinco años. En 1965, la población emigrante en el mundo se situaba en torno a 80 millones de personas. En el año 2000, esta cifra se elevaba a 175 millones. Aunque el continente europeo –y no sólo la Europa comunitaria- absorbe en torno a los 56 millones, no es menos cierto que la circulación de personas entre los propios países del Sur es igualmente importante. Por ejemplo, el continente africano registra hoy en su área interior, un movimiento de 16 millones de hombres y mujeres. El objetivo común de las personas emigrantes suele ser la mejora de su situación personal y económica; pero el destino no siempre son los países del Norte. Por ello, la inmigración irregular se convierte así mismo en un fenómeno global.

La cercanía en la inmigración es lejanía en el trato y sin embargo, vehemencia en los juicios sobre aquello que se admite ignorar.

Emigración. (Del latín “emigrare”, de “migrare”; véase “migración”.) 1. Marcharse una persona de su *patria para establecerse en otro país. (V.: “DESARRAIGARSE, DESTERRARSE, EXILIARSE, EXPATRIARSE, TRASPLANTARSE. ►COLONIZAR, POBLAR. ►DESPOBLACIÓN, EMIGRACIÓN, ÉXODO, MIGRACIÓN. ►Anádromo, EMIGRANTE, EXILIADO. ►MIGRATORIO. ►INMIGRAR TRANSMIGRAR. ►INDIANO, PERULERO, REPATRIADO. ►EMIGRANTE, MIGRATORIO, PASAJERO, DE PASO, PEREGRINO. ►*DESTERRAR”.) 2. (no frec.). Ausentarse temporalmente del país propio para *trabajar en otro durante determinada época del año; por ejemplo, en la siega o la vendimia. 3. *Trasladarse los animales, periódica o definitivamente, de un país o de un sitio a otro, por exigencias del clima, de la alimentación o de la reproducción.

DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL.

María MOLINER.

La emigración se ha transformado en la última década en la sociedad, en un fenómeno que afecta en mayor o menor medida a la práctica totalidad de las poblaciones; la amplitud y el calado del fenómeno refleja una especie de sensación de huida, de ausencia de expectativas de futuro, un deseo de ruptura con una sociedad de origen excesivamente tradicional, unas ansias por descubrir y por aventurarse más allá de lo desconocido que para muchos se traduce en una realidad negativa.

Emigrar es difícil porque Europa tiende a convertirse en una fortaleza, las regiones de España se especializan en poner muros desiguales y los continentes cada vez contienen más a los ciudadanos pero no les aseguran el bienestar y los derechos imprescindibles. Ante la desesperanza no cabe la menor duda de que la emigración clandestina es una válvula de seguridad para algunos ciudadanos y países. El exilio es una manera de renunciar a luchar “in situ”.

LOS SIETE DUELOS MIGRATORIOS.

ALUMBRANDO NUEVAS SEÑAS DE IDENTIDAD FAMILIAR.

La migración es un proceso de cambio vital que tiene una parte de duelo. En estos duelos de la migración, los aspectos familiares determinan los modelos sanos o patológicos.

Entenderíamos el duelo como el proceso de reestructuración de la familia, que tiene lugar cuando se pierde algo significativo para el sujeto.

En la migración trabajamos con la consideración de que hay siete duelos:

- 1.- La familia y los amigos
- 2.- La lengua
- 3.- La cultura
- 4.- La tierra
- 5.- El status social
- 6.- El contacto con el grupo étnico
- 7.- Los riesgos físicos

Hago referencia a otros aspectos familiares que tienen gran importancia en la elaboración de los duelos migratorios. (Indistintamente nombraré emigrantes, inmigrantes, migración, etc..., pues los duelos son comunes a todos):

1º Las culturas de origen de los inmigrantes son más colectivistas que las culturas occidentales, que son más individualistas.

2º Los déficit en las redes de apoyo social a los inmigrantes son uno de los mayores problemas de este colectivo. Un autóctono tiene una red mucho más sólida. A este déficit se ha de añadir que el inmigrante vive fuertes situaciones de estrés.

3º Los líderes de las comunidades de inmigrantes son muy importantes en el proceso de integración de estos grupos humanos. Líderes perversos o paranoides pueden dar lugar a graves problemas.

1.- ASPECTOS DEL DUELO MIGRATORIO FAMILIAR.

Como todo acontecimiento de la vida, la migración es una situación de cambio que no tan sólo da lugar a ganancias y beneficios sino que también comporta toda una serie de tensiones y pérdidas a las que se denomina “duelo”.

Se entiende por duelo el proceso de reorganización de la personalidad de la familia que tiene lugar cuando se pierde algo que es significativo para el sujeto. En el caso de la emigración tendría que ver con la elaboración de los vínculos que la persona ha establecido con el país o región de origen (personas, cultura, paisajes, etc.). Vínculos que se han constituido durante las primeras etapas de la vida y que han jugado un papel muy importante en la estructuración de su personalidad.

Al marchar, el emigrante tiene que mantener esos vínculos, porque a través de ellos se expresa su personalidad y su identidad como persona y, a la vez, para adaptarse al territorio geográfico y al país de acogida, debe de poner en marcha nuevos vínculos – por las nuevas relaciones que tiene que establecer en su nueva patria-, que en parte sustituirán a los que deja atrás.

Sin embargo, el duelo –como proceso de reorganización de la personalidad tras una pérdida– es un proceso natural y frecuente en la vida psíquica de todo ser humano: todo cambio supone una parte de duelo porque aunque ganemos nuevas cosas, siempre dejamos atrás, también, algo con lo que nos hemos vinculado afectivamente y que forma ya parte de nuestra propia historia, de nosotros mismos. Por eso la elaboración del duelo constituye una parte esencial del contacto adaptativo y creativo con la realidad, que es la base del equilibrio psíquico de todo ser humano. (BOWLBY, 1985, 1993).

Hay que aceptar pues que en la vida existen duelos por las cosas que vamos dejando atrás y no tratar de eliminar a cualquier precio toda sombra de preocupación y de nostalgia, quitando importancia a las pérdidas, negándolas o, incluso, como se hace desde cierta concepción de la medicina, dando rápidamente fármacos para que la persona no sienta en ningún momento tensión, preocupación, tristeza, añoranza, pena...

Vivencias que en cierta medida forman parte esencial de experiencia de la vida y de la adaptación al medio. Creo que esta idea está muy bien expresada en el escritor Pío BAROJA, cuando en la novela titulada: “Las inquietudes de Santi Andía” pone en boca de un marino, abierto al mundo incierto del océano: “A veces me embarga una tristeza tan extraña que me parece que sería muy desgraciado si no la sintiera alguna vez”. De todos modos, tampoco se ha de caer en el extremismo del denominado “calvinismo farmacológico” que denuncian Dolores AVIA y Carmelo VÁZQUEZ (1998) y se debe facilitar el abordaje sistémico familiar y psicológico en los casos en los que exista un sufrimiento psíquico patológico.

En la inmigración existe un duelo por lo que el emigrante deja atrás. Pero, ya de entrada podemos hacer constar que no todo lo que se deja atrás cuando alguien marcha a otro país es bueno. Los vínculos que el ser humano establece en su vida nunca son enteramente positivos, porque la familia y el ambiente nunca han proporcionado a cada ser humano todo lo que éste ha podido necesitar: existen defectos, problemas y limitaciones en las familias y en la sociedad, y también, existen muchas veces desajustes en las necesidades de cada persona, que tanto puede plantear demandas excesivas o imposibles de satisfacer, como puede tener dificultades para tolerar las limitaciones del ambiente en que ha vivido.

La existencia de problemas y limitaciones en el país de origen, unida a la posibilidad de acceder a nuevas oportunidades da lugar a que la emigración suponga también la posibilidad de estructurar en el país de acogida una nueva vida y nuevas relaciones mejores. Mientras que, por un lado, existen sentimientos de pena y de dolor por lo que de valioso se deja atrás –tanto más cuanto la migración se halle condicionada por aspectos externos a la persona– por otro lado, al emigrar, el ser humano posee también una sensación de fuerza, de verse capaz de abordar el control del propio destino. La sensación de hallarse poseído por el dios de la libertad.

Así pues, en la emigración habría una parte de duelo pero que se hallaría enmarcada dentro de un proceso más general de cambio, que incluye aspectos positivos ya que la emigración también permite la posibilidad de acceder a nuevas oportunidades, sobre todo cuando las condiciones son favorables.

Con relación a la capacidad de tolerar este duelo por lo que se deja atrás en la emigración, habrá que señalar que el ser humano no está, ni mucho menos incapacitado para ello (la capacidad de movilidad y de orientación nos lo facilitan). De suyo, la humanidad ha sido nómada durante la mayor parte de su historia, y tan solo desde el Neolítico se establece la tendencia a habitar permanentemente en el mismo territorio (aún hoy perviven grupos nómadas tales como los gitanos, los tuaregs, etc). Hace relativamente poco tiempo que los humanos somos sedentarios. Y en esta etapa de sedentarismo han sido muy frecuentes los desplazamientos de poblaciones, exploraciones, etc. (se ha llegado a decir que la historia de la humanidad es la historia de las migraciones). Hemos de suponer que estamos dotados para hacer frente a las vivencias de la migración, aunque desde luego no se trata de un proceso sencillo, dado que tenemos asimismo poderosas tendencias al arraigo.

Como sostiene ENZENSBERGER (ENZENSBERGER, 1992), en el relato de Caín y Abel, los textos bíblicos recogerían –entre otros aspectos- este conflicto entre la parte nómada y la parte sedentaria del ser humano, entre el Abel nómada y el Caín sedentario: de hecho, hoy en día el sedentarismo continúa siendo obligatorio, a pesar de que en la Declaración Universal de los Derechos Humanos está reconocido el derecho a cambiar de residencia, en la práctica este derecho no se ejerce. Está reconocido el derecho a salir de un país, pero no está reconocido el derecho a ser admitido en otro, competencia que se deja en manos de los estados.

Los problemas psicológicos surgirían de las dificultades en la elaboración del duelo por lo que se dejó atrás. Estas dificultades se acentúan cuando la migración se realiza en malas circunstancias: por problemas del ambiente (políticas de exclusión, explotación laboral, graves carencias sanitarias, de vivienda, etc.) o por problemas de la personalidad del individuo que emigra (MORRISON, 1973). Habitualmente, suelen presentarse cuadros de tipo psicossomático y ansioso-depresivo.

Por otra parte, la experiencia de atención psicopatológica y psicosocial a los inmigrantes y refugiados nos ha demostrado que a menor consistencia y elaboración del proyecto migratorio, más difícil será la elaboración del duelo. Un ejemplo de esta situación la tendríamos en el caso de los refugiados, personas que se ven obligadas a

huir a otro país sin poseer un proyecto migratorio. Su único proyecto es regresar cuanto antes a su país, del que nunca desearon salir. De ahí que, como es sabido, la mayoría de los refugiados permanezca lo más cerca posible del país de origen, con la idea de regresar a él cuanto antes.

2.- LOS SIETE DUELOS DE LA INMIGRACIÓN Y LA INTERCULTURALIDAD.

Considero que el conjunto de los duelos de la migración se puede agrupar en 7 aspectos o duelos específicos:

- 1.- El duelo por la familia y los amigos.
- 2.- El duelo por la lengua.
- 3.- El duelo por la cultura.
- 4.- El duelo por la tierra.
- 5.- El duelo por el estatus.
- 6.- El duelo por el contacto por el grupo étnico.
- 7.- El duelo por los riesgos físicos.

3.1.- EL DUELO POR LA SEPARACIÓN DE LOS FAMILIARES Y AMIGOS.

Desde las ciencias de la salud mental se considera que el mundo afectivo de una persona se centra fundamentalmente en el ámbito de la familia y los amigos. Es por ello que situaciones como la migración, en las que un ser humano se separa de los seres queridos, dan lugar a profundas repercusiones psicológicas.

Pero estas repercusiones son complejas porque en algunos casos las relaciones con los familiares y amigos podrían haber sido problemáticas (y en todos los casos es seguro que han tenido uno u otro aspecto problemático) con lo cual el sujeto tiene, a través de la emigración, la oportunidad de estructurar unas nuevas relaciones más satisfactorias, con personas que puede elegir. Por otro lado, la emigración puede suponer también la posibilidad de reestructurar, a través de un período de separación o

manteniendo más distancia, algunas relaciones conflictivas con personas significativas que residen en el país de origen.

A pesar de esas limitaciones en la calidad de las relaciones en el país de origen, el no poder contar con el afecto y el apoyo de los seres queridos es siempre penoso, pero muy especialmente cuando el inmigrante atraviesa situaciones de necesidad o se encuentra enfermo, ya que no cuenta en estos casos con una red familiar ni social de apoyo (a diferencia de los autóctonos), con todo lo que esta carencia conlleva de ansiedad, soledad y miedo al futuro.

Otra situación que afecta profundamente a los inmigrantes es la separación de unos hijos pequeños que reclaman muchas veces dramáticamente su presencia (“cuando me levanto cada mañana, mamá no está”, “me puse enfermo y mis padres no me pudieron cuidar”), o la distancia respecto a unos padres ancianos y enfermos. Ambas situaciones movilizan a nivel psicológico sentimientos de culpa muy difíciles de elaborar.

Otra área importante del ámbito familiar hace referencia a la situación de los hijos de los inmigrantes. Aquí, de entrada, nos encontramos con un primer problema de tipo terminológico. Existe mucha polémica acerca de si debe utilizarse o no, el término “segunda generación”. Mi opinión es que, a no ser que queramos caer en la hipocresía que supone el uso del lenguaje políticamente correcto (por ejemplo, cuando denomina a los pobres: “personas económicamente poco eficientes”), en realidad, en los hijos de los inmigrantes existen como segunda generación, al menos cuando no se acepta la cultura de los inmigrantes como cultura que forma ya parte del país de acogida. En este sentido, el uso del lenguaje políticamente correcto puede servir de tapadera para ocultar (y no abordar) los problemas de discriminación que padecen estas personas, problemas que con este tipo de planteamientos nunca se resuelven y acaban por pasar de una a otra generación.

A nivel psicológico, uno de los problemas más graves que sufren los hijos de los inmigrantes es la ausencia del grupo familiar extenso (abuelos, primos...). Esta carencia disminuye la riqueza de sus relaciones familiares y las posibilidades de encontrar figuras de identificación que puedan actuar como modelos de crecimiento

personal. De ahí la importancia de la reivindicación de la reagrupación familiar, uno de los derechos que más se han exigido desde los servicios de apoyo psicológico a los inmigrantes. Sin embargo, muchas veces la propia reagrupación familiar se halla imposibilitada por razones legales, pero aún en el caso de que pueda tener lugar, hemos de pensar que volver a unir a una familia separada es como volver a pegar los trozos de un jarrón que se ha roto. Los sentimientos de abandono, la culpa, la regresión que efectúan los hijos, las frustraciones acumuladas, etc., requieren tiempo, paciencia, madurez para poder ser elaborados. Es por ello que con frecuencia este proceso requiera el apoyo psicológico y de los servicios psicosociales.

La migración también puede afectar negativamente a los hijos de los inmigrantes de otro modo: así, con frecuencia, hemos podido observar que las familias emigrantes tienden a cerrarse demasiado sobre sí mismas, generando problemas de excesiva dependencia entre sus miembros, de culpabilidad por los sentimientos de autonomía, etc. En la terapia familiar a este colectivo, vemos con frecuencia, por ejemplo, divorcios que se ponen en marcha por las tensiones que surgen de las dificultades de la convivencia en un contexto nuevo y muchas veces problemático.

Desde la perspectiva de la integración de los hijos de los inmigrantes, se ha de señalar que los padres son el principal modelo al que éstos acuden a la hora de afrontar su propio duelo migratorio. El grado de elaboración del duelo migratorio que efectúen los padres, la actitud que tomen hacia el país de acogida es un punto de referencia básico para conformar las actitudes de los hijos. Si los padres muestran dificultades importantes en el contacto con el nuevo país (bien por problemas personales o porque se les excluye y margina) es más fácil que alguno de sus hijos mantenga esas actitudes. De todos modos, en este punto habría que tener en cuenta que existe una tendencia natural a la diferenciación de los roles entre los diferentes hermanos (para evitar de este modo el fracaso en la competición por los mismos roles). Así, si alguno de los hijos siguiera el camino de rechazo a la integración, otro hijo podría seguir el camino opuesto –también problemático- de caer en posturas de asimilación radical en la cultura del país de acogida, rechazando la cultura de origen de los padres.

Con frecuencia también hemos podido ver como los hijos de los inmigrantes tienden a abandonar precozmente los estudios para ponerse a trabajar. En esta decisión intervendrían varios factores: en primer lugar, la dificultad de elaborar el duelo por el fracaso escolar (es muy penoso estar permanentemente en inferioridad de condiciones respecto a otros compañeros), en segundo lugar, la actitud de los padres (en parte por razones culturales, pero sobretudo por la necesidad material de ingresos familiares), y en tercer lugar, porque estos adolescentes viven muy dolorosamente el verse privados de los medios materiales (motos, ropa de marca, etc.) y del dinero fácil que manejan –y exhiben- sus compañeros autóctonos.

Todos estos aspectos ayudan a comprender por qué los hijos de los inmigrantes tienen un mayor riesgo de padecer trastornos mentales que sus padres. Observamos que los adultos poseen un modelo de referencia psicocultural más estructurado, a pesar del choque cultural que pueden vivir. Pero los hijos de los inmigrantes ya han nacido en el nuevo país y padecen la ausencia de puntos de referencia claros, más aún si en el país de acogida se sienten excluidos. Esta problemática se expresa con frecuencia a través de conductas psicopáticas en el caso de los chicos y de cuadros depresivos y somatizados en el caso de las chicas.

En muchas ocasiones, la situación de los hijos de los inmigrantes es especialmente penosa, al acumularse problemas como los arriba mencionados de las dificultades para la reagrupación familiar o la desestructuración familiar. Fruto de las tensiones a las que se hallan sometidos es el elevadísimo índice de fracaso escolar –más del 40% en Francia, mientras que en nuestro país el porcentaje sin duda será aún mayor, pero no poseemos datos de estudios-, así como el que, estos jóvenes vivan en ambientes de exclusión social. Todo ello conforma un panorama especialmente preocupante con relación a la inserción social de estos colectivos. Porque si estos nuevos ciudadanos no entran en el mercado laboral y en la dinámica social en igualdad de condiciones que los hijos de los autóctonos, se estará estructurando una sociedad fraccionada, una sociedad que funciona “a dos velocidades”.

Con relación a la exclusión de los hijos de los inmigrantes, considero que existe en nuestra sociedad una gran tendencia a la pasividad y al fatalismo cómodo, a la hora

de abordar este grave problema social. Es observable una fuerte tendencia a buscar excusas que justifiquen la inactividad, a pasarse la pelota entre las numerosas administraciones... y a poner muy pocos medios reales... Pero las excusas no valen para nada ante la realidad social que como toda realidad, es muy testaruda, y considero que no tardará en pasar factura (con sus correspondientes intereses por el tiempo de demora).

3.2.- EL DUELO POR LA LENGUA MATERNA.

Desde el psicoanálisis se sostiene que la lengua, la cultura, la tierra, etc., aspectos que describiré en los apartados siguientes, se hallarían vinculados, representándolas, simbolizándolas, a las relaciones más íntimas que el niño establece con el grupo familiar, fundamentalmente con las figuras de los padres: por eso se habla de la lengua materna, la cultura materna, la madre tierra, la patria, etc.

La adquisición de una nueva lengua –o de más de una como ocurre por ejemplo, en el caso de los inmigrantes a Catalunya, Euskadi, Québec, Bélgica, etc.-, comporta un gran esfuerzo por parte del inmigrante, tanto más cuanto más radical sea el grado de exigencia de su conocimiento. Hasta tal punto es así que, especialmente en el caso de “la primera generación” de inmigrantes que realizan agotadoras jornadas de trabajo y se hallan sumidos en graves problemas de acomodación en el nuevo país –incluso de supervivencia-, las posibilidades de cumplir con dichos requisitos se hacen muy difíciles. Hay que tener en cuenta, además, que no todas las personas poseen grandes habilidades lingüísticas. Y, aún podríamos añadir que la gramática y la ortografía siempre puntúan en el más bajo lugar en las simpatías de los alumnos –Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ proponía hace unos años, y sin éxito por desgracia, racionalizar dichas normas-.

Para los hijos de los inmigrantes el manejo de la lengua, obviamente mejora, pero se hallan en medio de fuertes tensiones lingüísticas, hasta el punto que adolescentes franceses de origen magrebí han llegado a inventarse un nuevo lenguaje

como respuesta a hallarse “entre dos fuegos” por las políticas lingüísticas, tanto de su propio medio cultural como del país receptor.

En todos los casos es muy importante potenciar en la adquisición y uso de una nueva lengua los aspectos “lúdicos” del aprendizaje de algo nuevo, el “saborear” la belleza y originalidad de la nueva lengua. Ello supone plantear que la lengua es ante todo un vehículo de comunicación, un instrumento al servicio del intercambio de conocimientos, valores, sentimientos, ideas, etc., al servicio de la comunicación y el entendimiento.

Además, considero negativo hacer recaer sobre la lengua un excesivo “peso” simbólico de tipo identitario o funciones espúreas de control o de poder, funciones de arma arrojadiza, que no hacen sino restar a su aprendizaje los elementos más bellos y atractivos, limitando la motivación para el aprendizaje para el uso social de la nueva lengua y dando lugar, de rebote, a la situación opuesta a la deseada: que la lengua sea motivo de rechazo por razones que no tienen que ver con la lengua misma, sino que son de tipo político, social, de poder, de sometimiento, etc.

Al abordar este tema, habría que tener en cuenta asimismo la importancia de los factores sociales: obviamente no es lo mismo referirnos, por ejemplo, a los inmigrantes franceses, alemanes o japoneses quienes, por su poder adquisitivo, tienen la capacidad de financiar escuelas privadas en sus lenguas, mientras que colectivos de otras nacionalidades han de aceptar la enseñanza pública exclusiva en la lengua del país al que han emigrado, y renunciar a recibir al menos una parte de la alfabetización en sus propias lenguas. Esto hace bueno hoy día lo que hace ya siglos escribía Miguel de CERVANTES: “Tan sólo hay dos linajes: el de los que tienen y el de los que no tienen”.

3.3.- EL DUELO POR LA CULTURA.

Entendiendo la cultura en términos de valores, costumbres, creencias, estereotipos, cosmovisión, etc...

Al marchar, el emigrante deja atrás toda una serie de concepciones y actitudes acerca del mundo y acerca de cómo una persona debe comportarse en él. En el nuevo país bastantes de esas concepciones y maneras de actuar pueden ser diferentes.

Entre los aspectos más importantes que cambian se hallan la alimentación, el vestir, el sentido del tiempo, el modo de expresar afectos, las celebraciones, etc. Así, para los chinos que poseen menús compuestos de centenares de platos, nuestra alimentación les puede resultar monótona y poco imaginativa. Con relación al vestir, hemos asistido a la famosa polémica del velo – son muy notorias las diferencias de gusto en los colores: un dominicana decía que nunca había visto nada más triste que una zapatería española. Todos los zapatos de colores oscuros-. Existen diferencias en el sentido del tiempo –nuestra cultura tiene como eje la productividad, la planificación, la organización minuciosa, todo va de prisa, en los andaluces con respecto a los nortños el ritmo es más lento, ni qué decir para los caribeños, africanos...

Los latinos tienen otras formas de expresar su afecto y las muestras de cariño son más cálidas, por ejemplo al saludar y al despedirse se besan. El contacto físico es algo común entre ellos. En el trato diario no necesitan “tener cita y hora” con anticipación para visitarse en la casa, tampoco es que interrumpen en la vida familiar, pero son más espontáneos en este sentido. Con respecto a las celebraciones, aquí giran de manera significativa alrededor de comidas o cenas y en estas culturas se baila, se reza, o se medita.

Como es sabido, en los planteamientos ya clásicos de A. KARDINER (KARDINER, 1945) se sostenía que cada cultura propone un tipo de personalidad “ideal” o personalidad básica. Sin embargo, desde una perspectiva más actual habría que añadir que ninguna cultura es totalmente homogénea, y existen, como mínimo, una serie de subtipos, variantes o “heterodoxias” respecto al modelo ideal propuesto. Por otra parte, tampoco ha sido fácil para los especialistas el ponerse de acuerdo sobre

cuáles serían las características básicas propias de cada grupo, cayéndose fácilmente en el tópico o las generalizaciones que son siempre peligrosas y a menudo trágicas. De opinar que los inmigrantes son delincuentes, o los gitanos ladrones, los judíos avariciosos, se pasa a otras generalizaciones aún más cercanas. Y así se opina que los vascos son cerriles y tragones, los andaluces perezosos y fuleros, los aragoneses cabezotas, los extremeños inferiores, los gallegos cazurros y cobardes. Los prejuicios se mezclan en nuestros razonamientos, y más aún en nuestras impresiones. Y acabamos por ser clasistas, racistas y xenófobos, hasta con nuestros más próximos vecinos.

En todo caso, cada personalidad ideal no sería “esencial”, eterna, sino que habría surgido fundamentalmente con relación a las circunstancias históricas y socioeconómicas a las que ha estado sometido ese grupo humano, que condicionan el modelo de conducta a adoptar. Obviamente, en un nuevo contexto social ese modelo de personalidad ideal propuesto por la sociedad tendrá tendencia a cambiar. Dejando aparte que no siempre el modelo de personalidad propuesto en una determinada época de la historia de un país, tiene porqué ser el más saludable y respetuoso para con los ciudadanos –es más, ese contexto social es muchas veces injusto para con muchos ciudadanos del país: mujeres, clases populares...-.

Además, habría de tenerse en cuenta que muchas personas, por las características de su temperamento, no se sienten bien siguiendo el modelo de conducta “standard” propuesto por su cultura.

Es decir, no es conveniente “sacralizar” la cultura –aunque sí, obviamente, valorarla y disfrutar de todo lo que aporta-. La cultura de cada grupo humano no debe de ser entendida como un ente que está por encima de los derechos de los ciudadanos: es buena si va bien para la vida de las personas.

Desde el punto de vista psicológico, es también muy interesante el planteamiento de la antropóloga R. BENEDICT, quien, en 1934, y basándose en la mitología griega y en NIETZSCHE, sostuvo que hay dos grandes tipos de culturas: las apolíneas y las dionisiacas, provenientes de las figuras de Apolo y de Dionisos. Para BENEDICT, ambas estructuraciones de conductas y de emociones dan lugar a dos maneras muy diferentes de entender la vida.

La visión apolínea del mundo se basa en el logro del equilibrio, el orden, la estabilidad (psicológicamente podríamos hablar de un funcionamiento de tipo obsesivo); mientras que la visión dionisiaca del mundo se basa en la búsqueda y en el logro de la excitación, el exceso, la pasión... (con un funcionamiento psicológico de tipo maniaco). Desde el punto de vista psicológico, este planteamiento es muy sugerente, porque estas dos maneras de entender la vida se corresponden con dos grandes estrategias psicológicas muy básicas en el manejo de la ansiedad y la depresión: la estrategia apolínea, de tipo obsesivo, se basa en el orden y el control de todo aquello que puede ser amenazador, y la estrategia dionisiaca, de tipo maniaco, se basa en la búsqueda de la excitación y en la negación de la existencia de las dificultades y los problemas.

Obviamente, la comunicación entre estas dos formas de “Ser en el mundo”, entre estas dos estructuraciones psicológicas de la personalidad, es difícil: para los apolíneos los dionisiacos son bárbaros, primitivos, incivilizados, sin formas... y para los dionisiacos, los apolíneos son timoratos, cobardes, tediosos, excesivamente formados... Estas diferencias dificultan los procesos de integración.

3.4.- LA PÉRDIDA DE LOS PAISAJES, LA TIERRA.

Tal y como he señalado, en psicoanálisis la tierra representa simbólicamente a los padres, a los antepasados, los orígenes. Los inmigrantes, apegados afectivamente a la tierra en la que han crecido, viven intensamente los cambios de paisaje, temperatura, humedad, luminosidad, colores, pluviosidad, olores, etc. Y esta carga emotiva ligada a la tierra comporta que no sea infrecuente el encontrarnos con sobrevaloraciones e “idealizaciones” acerca de ella. Contrariamente a lo que se piensa desde el sentido común, desde la psicología se considera que el mecanismo de la idealización se halla ligado a sentimientos de ambivalencia, de amor-odio, (en el caso que tratamos dirigidos hacia la propia madre tierra). Cuando exageramos mucho el valor de algo es porque no podemos tolerarlo tal y como es, por eso lo alteramos, lo maquillamos con la exageración para que responda más a nuestros gustos o necesidades. Y ya hemos

comentado que no siempre la madre tierra (que simboliza la familia, la sociedad...) ha sido tan “buena madre”. Como contrapunto a esa idealización, sería bueno recordar a aquel cibaldone de Giacomo LEOPARDI, que nos recuerda que la naturaleza más que una amorosa madre parece más bien una madrastra, ya que es indiferente a nuestra suerte.

Las fantasías sobre la tierra también son intensas entre los autóctonos, con relación a los temores de que la emigración suponga que su país sea “invadido” por otros seres humanos. Cuando este sentimiento se radicaliza, por ejemplo teologizando la defensa de la tierra, se entra en una dinámica de irracionalidad que nos acerca más a los estudios sobre las estrategias animales de demarcación y defensa de su territorio que a la propia psicología o la sociología (por lo que dejaría este apartado en manos de otros especialistas –zoólogos quizás...-).

Otro peligro vinculado al anterior es la sacralización de la tierra con todo lo que comporta de cerrazón y negativa al diálogo. No siempre somos capaces de relativizar, ni menos aún de tomarnos con humor estas cosas. En este sentido, habría que celebrar la ironía con la que explicaba una judía polaca el hecho de que tras la segunda guerra mundial, se encontrara con que su casa, que hasta la guerra se hallaba en territorio polaco, ahora perteneciera a Rusia: “¡Es estupendo que mi casa esté ahora en Rusia! ¡Estaba más que harta de aquellos horriblos inviernos polacos!”.

Por otra parte, en bastantes de las migraciones se superpone a un cambio de país o región, el cambio de un medio rural a un medio urbano, siendo este aspecto también muy relevante. De suyo es bien notorio que, aún proviniendo de países diferentes, la gente de las ciudades se parezca tanto o más entre sí que a los campesinos de su propio país. Clásicamente se ha sostenido que la migración del campo al campo es al menos problemática a nivel psicológico. En España los trabajos de TIZÓN y colaboradores (1993) confirman estos datos.

3.5.- LA PÉRDIDA DEL ESTATUS SOCIAL.

La migración siempre comporta un proyecto de mejora y progreso: social, personal, o ambas cosas a la vez. Sin embargo, la mayoría de los inmigrantes retroceden a nivel de estatus social respecto a su sociedad de origen. Contrariamente a lo que en general se cree, muchos de los emigrantes procedentes del denominado tercer mundo poseen estudios y son personas con un buen estatus en su país (más de un 40% de los pacientes atendidos de grado medio o universitario). Una compañera que trabaja en un centro de atención familiar en Burdeux preguntó un día a un senegalés y a su pareja cuándo había sido la última vez que habían visto una jirafa. El africano la miró sorprendido y le respondió que la primera jirafa que había visto en su vida había sido visitando el zoo de París. Es decir, tenemos tendencia a una visión exótica y prejuiciada del mundo de los inmigrantes, prejuicios que sirven como coartada social a la explotación del que es considerado inferior.

Desde la perspectiva psicológica, uno de los aspectos que más dificulta la integración y la superación de las dificultades de la migración es la existencia de excesivas expectativas económicas, profesionales, etc., aunque se ha de señalar que el poseer objetivos y proyectos que ilusionen al individuo es muy importante a la hora de darle fuerza para luchar y tolerar las dificultades. Sin embargo, muchas veces, por desgracia, ni siquiera las expectativas más naturales y realistas pueden lograrse con la legislación actual sobre emigración.

La imagen que les venden en su país de origen referente a Europa, España, o de sus regiones, es igual a progreso, prosperidad, etc... Teniendo en cuenta que los paisanos que vuelven a su tierra por vacaciones se presentan como “triunfadores”, llevan buena ropa, regalos para los familiares, etc... La mayoría no comenta la realidad de las cosas, para que no digan que fracasó.

“Aterrizan” o “desembarcan” en una realidad que no se la esperaban, no concuerda muchas veces con la realidad que traían de su país o región de origen. Los costes son significativos, a veces no pueden trabajar en su oficio, o lo hacen en trabajos que no conocen o se consideran de menor valor.

“La sensación es que hay que demostrar continuamente lo que se sabe, lo que se aprendió en el país de origen” me comentaba una peruana debidamente cualificada como trabajadora social, que comprendió que el realizar otros trabajos no denigraba a la persona (aunque se dan casos de explotación), que se efectúan mientras se consiguen otros trabajos que permitan la movilidad social.

3.6.- LA PÉRDIDA DEL CONTACTO CON EL GRUPO ÉTNICO (“NACIONAL”) DE ORIGEN.

La identidad étnica no es sino un aspecto más del complejo conjunto de elementos que conforman la identidad humana, aspectos entre lo que se incluirían: la identidad de género (ser hombre o mujer), la identidad generacional, la identidad religiosa, la identidad familiar, la identidad profesional, la identidad de clase social, etc.

Uno de los aspectos de la identidad es de tipo étnico: tiene que ver con la conciencia de un “nosotros” ante un “ellos”, relacionado con el sentimiento de pertenencia a un grupo humano que posee unas características comunes de cultura, historia, lengua, etc. Este tipo de identidad se estructuraría según el modelo del idealismo alemán (HERDER, FICHTE, etc.). Sin embargo, también habría otro modo de entender la pertenencia a una nación que se basaría en la concepción de la nación entendida como la pertenencia a un grupo humano que independientemente de sus orígenes, estructura un proyecto común de futuro, proyecto que le sirve de factor de cohesión. Este tipo de identidad se constituiría según el concepto de ciudadanía de la Ilustración y de la Revolución Francesa.

En los tiempos actuales asistimos a un incremento permanente e incesante de la valoración de esta identidad de tipo étnico o nacional, hasta el punto de que se han oscurecido las otras identidades: la identidad vinculada a la pertenencia o de vinculación a una clase social, la identidad vinculada a la adscripción a una ideología... Desde el punto de vista psicológico, el nacionalismo fundamentalista sería –en la versión fuerte del término- la sobrevaloración radical de la identidad étnica sobre las otras identidades, la “inflamación” de algo que tiene un aspecto natural y positivo como

es la valoración de lo propio y de la diversidad cultural humana. Por otra parte, estas identidades ni siquiera a nivel territorial tienen por qué ser excluyentes: Alguien puede sentirse “legítimamente” identificado, a la vez, con su ciudad, su región, su país, su área geográfica, sin tener que elegir “o lo nuestro o de los otros” “a vida o muerte” el quedarse, necesariamente con una sola de ellas para toda su vida. Además, hoy sabemos que la identidad es ante todo una construcción, un proceso, una evolución, no algo dado, inamovible, estático y quieto.

Tal y como he señalado más arriba, obviamente estos planteamientos fundamentalistas chocan fuertemente con los procesos migratorios, tanto si el fundamentalismo es planteado por los autóctonos (lo que conducirá al rechazo o, en el otro extremo, a la pura asimilación de los inmigrantes) como si es planteado desde los propio inmigrantes (que por mantener la pureza de su cultura, por ejemplo, a nivel religioso, rechazarán el contacto de mestizaje e integración).

Sin embargo, no es fácil delimitar cuáles son las características constitutivas de la identidad étnica. No está claro qué entendemos por identidad étnica desde el punto de vista psicológico, psicosocial ni social. No está claro qué son como “rocas firmes” y qué son como frágiles “formas dibujadas en la arena” en esos planteamientos sobre la identidad étnica. Autores como E. GELLNER (GELLNER, 1998), DELANOI (DELANOI, 1993), KYMLICKA (KYMLICKA, 1995) y otros, han desarrollado interesantes planteamientos y teorías sobre esta temática. Sin embargo, parece claro hoy en día que ningún grupo humano es, ni mucho menos, homogéneo, “puro” culturalmente; aparte de que se halla constituido no por una masa informe de individuos que funcionan como “un solo hombre”, con un único esquema programado de funcionamiento, sino que los grupos humanos en una sociedad democrática (ideal) se hallarían constituidos por un conjunto, uno a uno, de ciudadanos libres, dotados de unos derechos y deberes. Nada se encontraría por encima de estos derechos de los ciudadanos. Ninguna idea o proyecto podría anteponerse a estos derechos de los ciudadanos: los fundamentalismos, los totalitarismos, anteponen determinadas ideas “superiores”, “esenciales”, a la opinión y los derechos de los ciudadanos a vivir según sus propios designios.

Las consecuencias que tiene para el inmigrante el perder el contacto con el grupo étnico de origen suelen traducirse en alteraciones psicológicas importantes, siendo las psicósomáticas las inicialmente verbalizadas.

En este duelo cabe señalar la idea inicial que he comentado, en la que intervienen los líderes de las comunidades de inmigrantes. He recogido opiniones e información en mi experiencia, de la que puedo señalar que algunos líderes actúan con estilos perversos y paranoides que contaminan la integración.

3.7.- LA PÉRDIDA DE LA SEGURIDAD FÍSICA. LA EXISTENCIA DE GRAVES RIESGOS FÍSICOS.

Como todos sabemos, los inmigrantes extracomunitarios que están llegando en los últimos años a nuestro país, se ven con frecuencia expuestos a numerosos riesgos tanto para su salud como para su integridad física. Y ambas son dos necesidades básicas para todos los seres humanos. Los riesgos para la salud o de la integridad física comportan no tan solo enfermedades o lesiones, sino también la puesta en marcha de procesos de duelo por todo aquello que se ha perdido. Cuando la vivienda no dispone de las condiciones higiénicas adecuadas (o no existe siquiera vivienda), cuando se pasa frío, o cuando la alimentación es insuficiente o inadecuada, etc, todo ello puede dar lugar a enfermedades (sobre todo de tipo respiratorio, digestivo y dermatológico).

A esto se ha de añadir el alto índice de accidentes laborales y enfermedades ligadas a las situaciones de irregularidad legal y de explotación en las que trabajan muchos inmigrantes, o los graves riesgos físicos que sufren en el trayecto migratorio: las famosas pateras, los viajes escondidos en los bajos de los camiones, en las bodegas de los barcos, etc..., con grave peligro para su vida. Se calcula que tan sólo en el año 1999 han muerto por esta causa más personas de las que murieron en la guerra de Kosovo.

Los riesgos físicos actúan y afectan a nivel psicológico, introduciendo sensaciones aumentadas de fatalismo, fracaso, y consecuentemente en estados depresivos, y psicóticos, conflictos familiares, deterioros sociales y laborales, etc, etc...

Asimismo, los inmigrantes, con frecuencia son víctimas de violencia en los países de acogida (es frecuente atender a mujeres víctimas de abusos sexuales o agresiones físicas favorecidas por las condiciones de hacinamiento en las que viven). Hemos llegado a ver casos de personas que viniendo de zonas del mundo en plena guerra no habían sido víctimas de violencia, y que sin embargo lo han sido en la “tranquila Europa” (no tan tranquila en ciertos barrios).

Aún habría que añadir a lo anterior el riesgo de ser víctimas de la violencia de tipo racista (o como mínimo de actitudes despectivas o discriminatorias), así como ser víctimas de las arbitrariedades de ciertos policías o de las actitudes xenófobas de algunos funcionarios de la administración.

Es por todo este conjunto de dificultades y riesgos que tienden a emigrar personas fuertes y capaces. Pensemos en la fortaleza física y psicológica que se requiere para resistir en esas condiciones. Por eso, contrariamente a lo que sostiene la propaganda racista, los que emigran no son precisamente seres “inferiores a nosotros”, sino personas bien dotadas a nivel de capacidad de lucha y autonomía.

Quisiera finalizar con una columna que escribió Elvira LINDO en EL PAIS:

EL FUTURO

De los apabullantes documentales sobre la historia de Nueva York que estos días emite Documanía se aprende no sólo la manera en que se puede contar el pasado sin perder ni el rigor ni el encanto sino como se construyó una ciudad que recibió constantes flujos de inmigración y que después de experiencias traumáticas, a veces teñidas de sangre y siempre de miseria, ha logrado una aceptable paz. En España, ahora mismo, la inmigración es el tema. Este era el país en el que ayer todas las caras eran prodigiosamente iguales y el que hoy basta darse un paseo para advertir que, por fortuna, no volveremos a ser como éramos. De las historias de la inmigración ajenas aprendemos que los ricos siempre se benefician de la mano de obra de los recién llegados y los pobres autóctonos siempre se sienten postergados, no porque el pobre sea más insolidario sino porque es el que se ve obligado a compartir su espacio, su trabajo, las ayudas del Estado y la educación de los hijos. Teorizar sobre la inmigración cuando el roce que se tiene con ella es el del servicio doméstico y el mestizaje cultural, cosas que corresponden sólo a la clase media, es sin duda superficial. No hace falta que nos vayamos tan lejos como a Nueva York para saber que el ajuste de los que llegan con los que están siempre ha sido difícil; ahí tenemos Holanda, uno de los paraísos de la civilización y, sin embargo, como dice un estudio sobre su panorama educativo, un país que segrega social y racialmente a los niños de inmigrantes.

Debería ser una llamada de atención para nosotros, que estamos empezando, y un debate continuo, sin prejuicios, porque es fácil repetir el error y crear esa comunidad en la que abundan los restaurantes y las músicas exóticas pero en la que el niño de origen marroquí no tenga las armas educativas para competir con un hijo de españoles. Hoy más que nunca es necesaria esa escuela pública laica (digo laica) que iguale a los ciudadanos desde abajo. Hoy se sabe que también hay que pedir generosidad al

inmigrante, para que acepte que sus hijos ya no son del país de origen sino del país al que llegaron sus padres buscando una vida mejor.

Elvira LINDO.
EL PAÍS.

Concluyo:

Sólo se puede entender el lugar de uno en el mundo, familiar, cultural, político y social, si se comprende el mundo de otros, y eso sirve de ayuda para comprender lo que dicen.

Los países y los poderosos se comportan a veces ahogando como el mar a los naufragos, sin darse cuenta de que el naufrago es más grande que el mar, porque el naufrago no sabe que se muere y, sin embargo, el mar no sabe que le mata.

Emigrar es un estado de ánimo, es poder sentarse con quien se quiere en la cafetería, es tomar una copa sin esconderse, es no estar sometido a la arbitrariedad política.

Nadie emigra sin que medie el reclamo de alguna promesa.

Imanol PORTILLA EZKERRA

BIBLIOGRAFÍA

1. ATXÓTEGUI Joseba. (Noviembre 2001). Trab. VII Jornadas APAG.. Palma de Mallorca.
2. AVIA MD, VÁZQUEZ C. (1998). Optimismo inteligente. Psicología. Madrid: AE.
3. BENEDICT R. (1934). Patterns of Culture. El hombre y la cultura. Madrid: Edhasa
4. BOWLBY J. (1985). La separación afectiva. Barcelona: Paidós.
5. BOWLBY J. (1993). La pérdida afectiva. Tristeza y depresión. Barcelona: Paidós.
6. DELANOI G. (1993). Teorías del Nacionalismo. Barcelona: Paidós.
7. ENZENSBERGER HM. (1992). La gran migración. Madrid: Anagrama.
8. GELLNER E. (1998). Nacionalismo. Barcelona: Destino.
9. GRINBERG L. (1984). Psicoanálisis de la emigración y el exilio. Madrid: AE.
10. KARDINER A. (1945). El individuo y su sociedad. México: FCE.
11. KIMLICKA W. (1995). Ciudadanía multicultural. Barcelona: Paidós.
12. MORRISON S. (1973). Intermediate variables in the association between migration and illness. *Int J Soc Psychiatry*. 60 – 65.
13. TIZÓN J, SALAMERO M, PELLEJERO N, SÁINZ F, ATXÓTEGUI J, DE LA LAMA E. (1993). Migraciones y salud mental. Barcelona.: PPU.
14. FALICOV Celia Jaes, comp. (1991). Transiciones de la Familia. Continuidad y cambio en el ciclo de la vida. Buenos Aires: Amorrortu.
15. LINDO Elvira. (2003). El País.